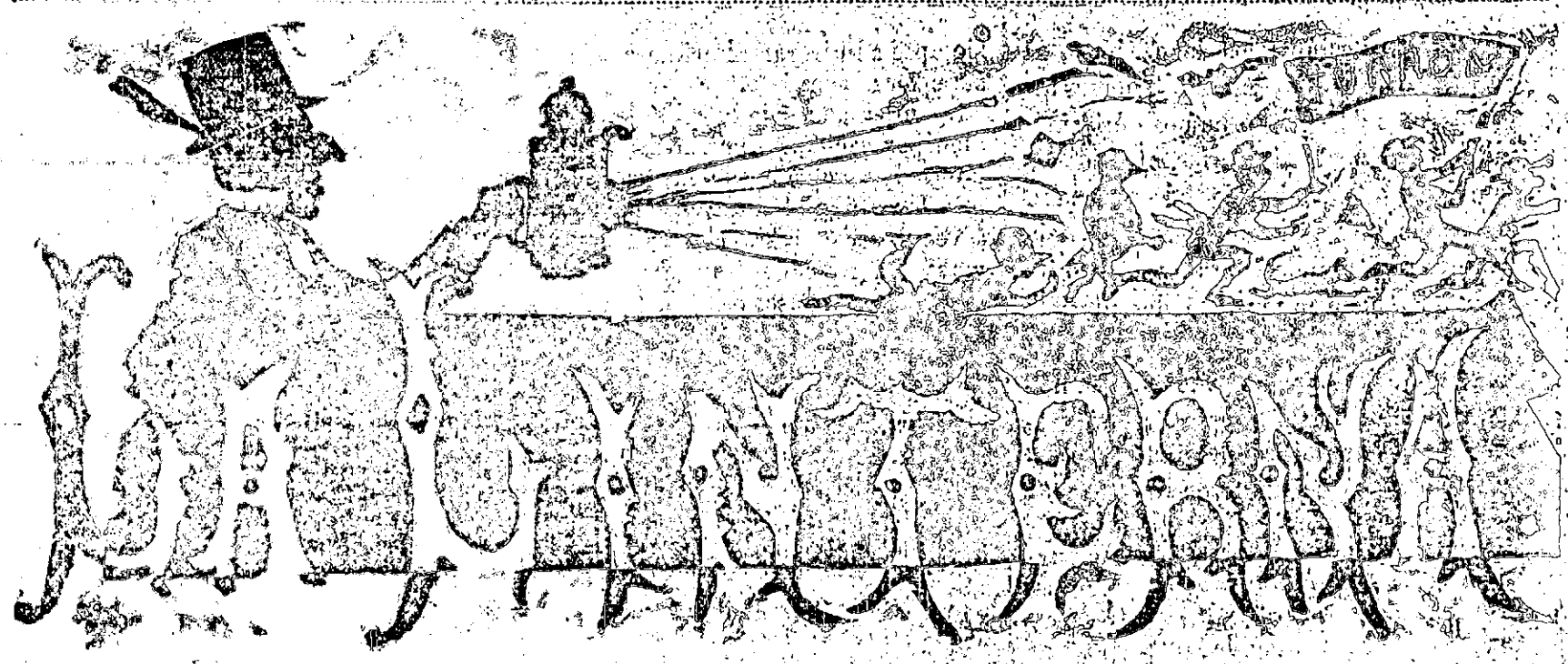
AÑO 1º — VELEZ-RUBIO 15 DE MAYO 1892 — NUM. 16



PERIÓDICO FESTIVO-SATIRICO Y LITERARIO.

SUSCRICIÓN.—Una peseta trimestre. Principian en Enero, Abril, Julio y Octubre.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN É IMPRENTA Urrutia, 3 (Almería) Vélez-Rubio.

ANUNCIOS.—Precios convencionales. Rebajas considerables á los suscriptores.

ALMERAB: LOS CRECIENTES Y MENGUANTES DE LA LUNA.

Un artículo de malas costumbres.

LOS MUCHACHOS DE LA CALLE

Así los llamó en una de sus obras el insigne novelista Pereda, y no hay razón para cambiar el nombre: *Los chicos de la calle*, es decir, los que, como en casa propia, viven en ella y alborotan, riñen entre sí, é incomodan al público á todas horas; los que arañan y manchan las paredes recien enlucidas, por el gusto de perjudicar; apedrean los árboles en flor y desgarran la corteza de los recién plantados, por el placer de destruir; gritan ó chiflan al oido del pacífico transeunte con precocidad insolente por la satisfacción que les produce el molestar al prójimo; los que en enjambre de pelos, que son todos los del cráneo, se suelen dedicar á la fructífera tarea de perseguir y apedrear los perros, que les conocen y distinguen con terror desde lejos, y con los que comparten el disfrute vagabundo de la vía pública: ellos son los que, en gran parte, destruyen el inseguro pavimento de las calles; los que ponen en continuo peligro las vidrieras de los balcones, y á veces también las cabezas de los vecinos, con aquel su continuo ejercitarse en la balística manual, en que suelen ser habilísimos.

Por lo que respecta á su lenguaje, no hay más que pedir; blasfeman como carreteros, no tanto por espíritu de impiedad como por resorte oratorio y afán de imitación, y el vocabulario de sus exclamaciones, si no muy rico, es enérgico en extremo; con aquella energía, digo, soez y obscena que haría ruborizar á un habitante de Pentápolis y que entre nosotros pasa como cosa corriente á fuerza de que todos sabemos que es pura elegancia de lenguaje, y no otra cosa.

Bien es verdad que de estos y otros tales recursos de oratoria usan y abusan también muchas personas de muy diversa calidad, y á veces de educación distinguida y ameno trato; que á tal extremo nos han traido los hábitos de la por muchos adorada flamenquería de estos tiempos. Personas hay de estas á quienes el atarlas de piés y manos sería menos penoso, para andar y moverse, que obligarlas á suprimir del discurso las interjecciones con que lo adornan y engalanan: hábito peligrosísimo es, pues, éste en los tiempos de oratoria que corren, cuando ningún hijo de vecino se vé libre de tener que improvisar un discurso en el momento de mayor descuido, ya que, perdida la tradición de hablar llanamente y de verter muchas ideas en pocas palabras, todo lo que no sea comenzar con un «señores» y concluir con un «he dicho», viene á ser como no decir nada.

Pero volviendo á nuestros muchachos de la calle, es de observar que abundan los tales en proporción desconsoladora; no en verdad porque nuestra virtud prolífica aventaje en mucho á la de los habitantes de otros pueblos, ni porque aquí se produzca el género en mayor abundancia, sino puramente porque los hábitos expansivos de nuestra vida ciudadana son tales, que lejos de considerar la vía pública como destinada solo al paso, viene á reputársela por buena parte del vecindario como lugar de disfrute comunal y natural desahogo de las viviendas. Y gracias cuando al amparo de semejante teoría solo á la evacuación de la chiquillería se destina, y no á otros usos y á otras expansiones.

Sucede á veces que cansados de vida errante se reunen á jugar en alguna plazuela ó se establecen en la primera sombra que hallan. [illegible] La aventurina una y mil veces [illegible] juntos á [illegible] casa descargue el hechizado. Si es hombre dado á leer ya puede cerrar el libro y emigrar á otra parte; si es de cabeza delicada ya puede contar con jaqueca segura; si es padre de familia un tanto meticuloso, ya puede secuestrar á sus menores en las honduras más recónditas, cerrar puertas é interponer ruidos, que todo será en balde. Las frases más soeces del idioma llenarán el aire por un rato, los ahullidos más desapacibles le destrozarán los tímpanos sin que de persona mortal venga el remedio.

En buen juicio parece natural que sean los padres los responsables de la conducta de los hijos, en tanto que éstos adquieren la responsabilidad legal necesaria; así lo reconoce todo el mundo, y parece que con esto la cuestión de los muchachos de la calle quedase arreglada para siempre; pues en la práctica se interponen tales debilidades, tales complacencias, que aquella responsabilidad en la mayoría de los casos viene á ser letra muerta. No parece sino que estamos de acuerdo para que el abuso siga y se perpetúe, sin pensar en que esos niños de hoy, educados en la vida vagabunda de la calle, serán los hombres de mañana. ¿Qué habrá que esperar de sus costumbres y de su sentido moral habiéndolos dejado cimentarse en tales principios?

De vez en cuando conmueven á nuestra sociedad crímenes cuya magnitud excede á todo lo imaginable; ejemplos

Diputación de Almería — Biblioteca. Linterna, La. Per. Festivo-Sat. Literario (Vélez Rubio), 15/5/1892, p. 1